

RESPUESTA A EUGENIO TIRONI Y FELIPE AGÜERO
**REFLEXIONES SOBRE EL PRESENTE
Y FUTURO DEL PAISAJE POLÍTICO CHILENO
A LA LUZ DE SU PASADO**

J. Samuel Valenzuela

Se discute aquí la tesis presentada por Eugenio Tironi y Felipe Agüero, “¿Sobrevivirá el nuevo paisaje político chileno?” (*Estudios Públicos*, 74, otoño 1999), según la cual el bipolarismo actual en la política partidaria chilena es producto de una nueva y perdurable “fisura generativa de partidos” a la que llaman “autoritarismo/democracia”. Aunque Samuel Valenzuela concuerda en que el bipolarismo actual se originó a partir del régimen militar y de la campaña plebiscitaria del ‘sí’ y del ‘no’, insiste en que la división producida por estas causas no constituye una nueva ‘fisura generativa’ en el sentido usado por Lipset y Rokkan, es decir, una ruptura socio-histórica.

J. SAMUEL VALENZUELA. Ph. D. Universidad de Columbia. Profesor del Departamento de Sociología en la Universidad de Notre Dame. Ha sido profesor en las universidades de Harvard y Yale, Senior Associate Fellow en St. Antony’s College, de la Universidad de Oxford, y profesor visitante en el Instituto de Estudios Políticos de París. Autor de numerosas publicaciones, entre ellas, *Democratización vía reforma: La expansión del sufragio en Chile* (Buenos Aires: IDES, 1986). Su libro (con Érika Maza) *Religion, Class and Gender: Constructing Electoral Institutions and Party Politics in Chile* será publicado próximamente por Notre Dame University Press. De sus últimos trabajos publicados en *Estudios Públicos* cabe mencionar “La ley electoral de 1890 y la democratización del régimen político chileno”, “Hacia la formación de instituciones democráticas: Prácticas electorales en Chile durante el s. XIX” y “Orígenes y transformaciones del sistema de partidos en Chile”, en los números 71, 66 y 58, respectivamente.

Estudios Públicos, 75 (invierno 1999).

Se trataría, en cambio, de una de aquellas divisiones meramente políticas que crean alineamientos y realineamientos partidarios. La diferencia entre estas dos concepciones —señala Valenzuela— no es sólo semántica. Una ‘fisura generativa socio-histórica’ es mucho más profunda y perdurable que una división política del tipo mencionado. Por lo mismo —agrega—, a diferencia de lo que sostienen Tironi y Agüero, las tendencias políticas generadas por las fisuras socio-históricas que acrisolaron la política chilena aún conservan su vigencia, si bien en forma latente, en el cuadro actual, lo cual se manifiesta en parte en las continuidades de las opciones electorales. Ambos tipos de fisuras se habrían combinado en el tiempo para crear los sistemas de partidos concretos. El actual sistema partidario, el quinto que se configura en Chile desde fines del gobierno de Manuel Montt (1856-1861), no tendría por qué ser más imperecedero que los anteriores. Una condición necesaria (pero no suficiente) para que el actual sistema de partidos fuese sustituido —argumenta finalmente Valenzuela— sería la plena consolidación de la democracia chilena.

En su sugerente artículo con el llamativo título “¿Sobrevivirá el nuevo paisaje político chileno?”, Eugenio Tironi y Felipe Agüero argumentan que ha habido una gran discontinuidad entre el presente y el pasado preautoritario del sistema de partidos chileno¹. Señalan que esta discontinuidad se explica por el hecho que durante el gobierno militar surgió una “nueva fisura generativa” de divisiones partidarias, a la cual llaman “autoritarismo/democracia,” que se conformó por primera vez en torno a la campaña plebiscitaria de 1988 en la cual triunfó el ‘no’ a Pinochet. Los alineamientos partidarios que surgieron entonces han seguido estructurando el sistema de partidos en los diez años que han transcurrido desde el inicio de la transición democrática, por lo cual éste tiene una morfología esencialmente bipolar, quedando relegados al pasado, dicen, los “tres tercios” de derecha, centro e izquierda que lo caracterizaron hasta 1973. Tironi y Agüero responden afirmativamente a la pregunta que plantean en el título de su trabajo: el nuevo sistema partidario está sólidamente implantado, a lo cual han contribuido, entre otros factores, el nuevo régimen electoral y la recreación del conflicto autoritarismo/democracia en torno a acontecimientos críticos y a la discusión de los cambios constitucionales vetados por la derecha. Sólo la creciente personalización de la política —que se manifies-

¹Tironi y Agüero (1999).

ta por ejemplo en el hecho que los candidatos hacen sus campañas electorales sin mencionar sus etiquetas partidarias— y el aumento de la abstención y de los votos nulos podrían amenazar el nuevo perfil del paisaje político; empero, una vuelta al tripartismo anterior es imposible.

Las tesis de Tironi y Agüero invitan al comentario. No cabe duda que el sistema partidario actual es distinto del anterior a los años 1970. En ello estamos totalmente de acuerdo, tal como lo he escrito en su oportunidad en un trabajo al cual no hacen referencia². Sin embargo, no creo que se pueda decir, como explicaré aquí, que el eje polar autoritarismo/democracia sea una “fisura generativa de partidos”, en el sentido de Lipset y Rokkan (1967), aunque ésa es precisamente la idea de Tironi y Agüero. Si bien en esta fase del desarrollo del sistema de partidos chileno el elemento fundamental que articula las alianzas políticas es la posición de aceptación o rechazo del régimen autoritario expresada en las coaliciones del ‘sí’ o del ‘no’, ésta es una división creada por el acontecer político chileno, no por grandes rupturas sociales históricas del tipo al que se referían Lipset y Rokkan. La diferencia entre estas dos caracterizaciones no es sólo semántica, como espero que quede claro en lo que sigue. El marco de referencia histórico de Tironi y Agüero es, además, mucho más corto que el mío, lo cual explica en cierta medida el enfoque distinto que tenemos de aproximarnos al estudio del sistema partidario actual.

Tironi y Agüero tienen la gentileza de recordar que la metáfora ‘paisaje político’ fue utilizada por primera vez en referencia a la configuración de las divisiones políticas chilenas en un artículo que escribí con Arturo Valenzuela hace diecinueve años³. En ese entonces era corriente leer tanto en las publicaciones académicas como en el discurso oficial del régimen autoritario que la casi total desmovilización política que se vivía en Chile (en 1980 se estaba a tres años del inicio de las ‘protestas’, y las situaciones política y económica eran muy favorables al régimen militar) era el producto de —o llevaría eventualmente a— una despolitización profunda del electorado y que, en consecuencia, los partidos previos a 1973 no

² Valenzuela (1995), pp. 65-66, lugar en que también hago referencia a Sartori. Véase Tironi y Agüero (1999), pp. 155-156.

³ Tironi y Agüero citan la versión final en inglés de Valenzuela y Valenzuela (1986). Presentamos este trabajo, cuya primera versión con toda su argumentación básica escribí en abril de 1980, en una conferencia en el Wilson Center en Washington en mayo de ese año. Traducido al castellano sin que lo supiéramos, el artículo apareció por primera vez con el título de “Partidos de oposición bajo el régimen autoritario chileno”, en la *Revista Mexicana de Sociología*, 44, 2 (abril-junio 1982), pp. 599-648, y al año siguiente fue reproducido en un libro publicado por FLACSO en Chile. La versión final de 1986 fue terminada en abril de 1984, y hace alusiones a los cambios que se iniciaron en 1983.

resurgirían al recrearse la democracia sobre nuevas bases institucionales en el marco de un país completamente transformado por las privatizaciones y la reducción del tamaño del Estado⁴. Nuestra tesis contradecía esta noción, indicando que las tendencias políticas chilenas tenían raíces profundas en la historia y sociedad nacionales, por lo cual un período autoritario relativamente corto —aunque durase una generación— no lograría alterar su fisonomía básica. Habiéndose conformado ya un ‘paisaje político’ en torno a dos ‘fisuras generativas’ de partidos, es decir, las polaridades Estado vs. Iglesia (o apego a las enseñanzas cristianas vs. secularismo libre pensador) y las divisiones de clase (o proposición de políticas socio-económicas que favorecerían ya sea al capital o al trabajo, a empleadores o a asalariados, a propietarios o a arrendatarios, etc.), sería muy difícil que éste cambiase. La presencia del pasado político convertido en un ‘paisaje’ de referencias e hitos seguiría dando categorías de análisis de los acontecimientos políticos y de sus personajes durante el régimen autoritario. Es más, aunque los partidos estuviesen en un ‘receso’ forzado, sus militantes trasvasiarían su militancismo a las organizaciones sociales, y la red de contactos entre dirigentes partidarios en todo caso no se extinguiría. El cierre del espacio político llevaba a un congelamiento del ‘paisaje’, incluidas las imágenes públicas de sus figuras más relevantes, con lo cual, de manera paradójica, el intento de despolitizar a la población a través de dicho cierre sería del todo contraproducente. Cualquier apertura favorecería la vuelta de los partidos y de los líderes políticos anteriores, con la posible excepción de los partidos de derecha, los que con toda probabilidad sufrirían más cambios precisamente por estar en general de acuerdo con el gobierno militar y por aceptar su autodisolución. En suma, la anunciada muerte o pronta muerte de las divisiones políticas chilenas y de sus respectivos partidos no sería efectiva⁵.

Tironi y Agüero reseñan correctamente en su propia contribución nuestra tesis central, afirmando que ha sido comprobada “aparentemente” por la transición chilena en el sentido de que los partidos y líderes anteriores resurgieron, en general, para dirigirla, y que el electorado chileno sigue autoidentificándose con toda facilidad en las encuestas en un continuo de izquierda a derecha. Sin embargo, al decir que la continuidad es sólo “apa-

⁴ En el ámbito académico quien más insistió en la noción que la desmovilización y despolitización en Chile eran totales fue Karen Remmer (1980). Del discurso oficial el texto clave fue el de Jaime Guzmán (1981).

⁵ Karen Remmer (1989), cap. 3, insistió en afirmar que habría una notable discontinuidad política en Chile, rechazando explícitamente la tesis de Valenzuela y Valenzuela (1986).

rente” y al enfatizar que ha surgido una nueva escisión “autoritarismo/democracia” que estructura el “paisaje político” chileno, habiendo desaparecido las anteriores, Tironi y Agüero dejan la impresión que la predicción formulada en 1980 por Valenzuela y Valenzuela era, en el fondo, incorrecta. Ello me motiva para hacer algunas aclaraciones al respecto, y para comentar las aportaciones de estos autores, colegas y amigos. Mostraré que, una vez hechas algunas aclaraciones, no hay una contradicción fundamental entre lo planteado en ambos artículos. El sistema partidario chileno contiene tanto continuidades como discontinuidades, aunque unas y otras se refieren a dimensiones diferentes del mismo y del ‘paisaje’ político chileno. En el artículo de 1980 nos interesaba fundamentar por qué se producirían las continuidades, y en publicaciones posteriores me he referido también a los cambios junto con documentar las continuidades que tuvieron lugar. En este comentario ampliaré algunas de las observaciones que ya he formulado en artículos publicados anteriormente⁶.

¿‘Fisuras generativas’ de partidos, o escisiones y conflictos meramente políticos?

Como bien recuerdan Tironi y Agüero, la idea de fisuras (*cleavages*) generativas de partidos fue presentada por Lipset y Rokkan (1967) para explicar las variaciones en los sistemas de partidos europeos. Dichas fisuras surgen de conflictos o divisiones sociales importantes que producen un alineamiento de segmentos de una población nacional con una u otra de las posiciones enfrentadas, generando identidades políticas colectivas. Es posible que el desarrollo histórico de un país genere más de un eje divisorio de este tipo y, al ser así, que alguno o algunos sean más importantes para ciertos grupos de la población que para otros. Asimismo, las fisuras no mantienen la misma importancia e intensidad con el correr del tiempo. A pesar de ello, incluso aquéllas cuya fuerza disminuye forman parte del acervo histórico de un país, con lo cual siguen generando divisiones partidarias e identidades políticas aún mucho tiempo después de producidos los acontecimientos que las originaron. Ello ocurre porque se forman subculturas nacionales, con sus símbolos y organizaciones, y sistemas de socialización de las nuevas generaciones que siguen produciendo sensibilidades diferentes frente a los nuevos acontecimientos e identidades colectivas dis-

⁶ Véanse Valenzuela (1995); Scully y Valenzuela (1993), y Valenzuela y Scully (1997).

tintas. Se genera una cierta inercia organizacional y político-cultural que se mantiene en el tiempo. Establecidas las democracias a partir del siglo XIX, los partidos surgen sobre la base de las identidades políticas generadas por los (a veces ya viejos) ejes divisorios societales. En todo caso, hay que enfatizar que el aporte de Lipset y Rokkan se refiere más bien a las grandes tendencias políticas que a tiendas partidarias concretas. Incluso pueden co-existir bajo una misma etiqueta partidaria elementos derivados de más de una fisura generativa de partidos, como es el caso al tratarse de los partidos *catch-all*.

El hecho de que broten o no partidos específicos sobre la base de las fisuras generativas depende de los recursos organizacionales —incluida la disponibilidad de liderazgos capaces— de que dispongan los distintos segmentos de la población para hacerlo, y de las oportunidades políticas e institucionales definidas por el régimen político en que se encuentren⁷. Por lo tanto, la intensidad de un conflicto no implica necesariamente que surjan partidos concretos de él. Asimismo, los partidos concretos y las alianzas partidarias pueden surgir por razones que no tienen nada que ver con las fisuras generativas. Su creación puede explicarse en muchos casos sencillamente como una consecuencia de acontecimientos políticos, o incluso, como ocurre con frecuencia, de divisiones que se relacionan con desencuentros personales entre los líderes políticos. Recuérdesse que en las elecciones chilenas entre los dos Alessandri hubo varios partidos socialistas, radicales, liberales, conservadores, etc., cada uno con sus adjetivos calificativos tales como ‘doctrinario’, ‘unido’, ‘de izquierda’, ‘socialista’, ‘auténtico’, ‘tradicionalista’, etc., y que en las elecciones municipales o parlamentarias se presentaban a veces más de cien listas distintas, incluidas las de algunos gremios. Es al hacer el análisis de las elecciones que tanto observadores como actores políticos hemos sumado las votaciones de las distintas vertientes de una misma familia para saber cuál era el apoyo de unos y otros, y ello a pesar de que a veces las disputas más airadas eran precisamente entre los líderes de cada vertiente, quienes a menudo apoyaban candidaturas presidenciales diferentes. Desde luego, los regímenes electorales y las legislaciones sobre inscripción de candidaturas y de partidos tienen mucho que ver con la facilidad con que surgen las tiendas partidarias. Sería absurdo decir que los treinta y tantos partidos que había en Chile hasta los años 50 proceden todos directamente de las fisuras generativas históricas. La ley electoral de 1962 que prohibió los pactos electorales tuvo el efecto de reducir su número, lo cual, dado lo que sucedió después, puede no haber sido tan buena idea como pareció entonces...

⁷ Al respecto véase Valenzuela (1995), pp. 11-12.

Volviendo a la contribución de Tironi y Agüero, la pregunta fundamental es si la 'fisura generativa' nueva que identifican es o no del mismo tipo que la presentada por Lipset y Rokkan, es decir, basada en un clivaje social-histórico. Si el conflicto 'autoritarismo/democracia' no es una fisura social-histórica sino una que surge exclusivamente como consecuencia del acontecer político, tal como ha sucedido tantas veces antes en Chile, ello quiere decir que Tironi y Agüero están analizando un tipo de discontinuidad en el sistema partidario chileno que es claramente distinto al que hacíamos referencia en el artículo escrito en 1980, base sobre la cual predijimos que habría una continuidad en las divisiones políticas y partidarias más allá del régimen dictatorial. Y si esto es así, no habría una contraposición fundamental entre el aporte de Tironi y Agüero y el nuestro, aunque sí habría que hacer algunas precisiones adicionales. En cambio, si la ruptura indicada por Tironi y Agüero es del mismo orden social/histórico a las que hacíamos referencia nosotros, entonces habría una contradicción entre ambos estudios, y el de Tironi y Agüero estaría mostrando que el nuestro falló en cierta medida en sus predicciones.

No es difícil adivinar que me inclino a pensar lo primero y no lo segundo. La ruptura indicada por Tironi y Agüero no es comparable a las social/históricas de Lipset y Rokkan ni, por ende, a las que servían de base a nuestra predicción. La prueba de ello está en lo siguiente: una fisura social/histórica se ramifica en la formación de toda una serie de instituciones sociales, lo que proporciona el sustrato a lo que viene a ser una subcultura e identidad colectivas. Es fácil identificar en el pasado y presente chilenos las organizaciones ligadas a las rupturas fundamentales a las que nos referíamos nosotros. El polo religioso del eje correspondiente a esta dimensión ha sido riquísimo en cuanto a su vida organizacional desde el siglo XIX. Son innumerables las expresiones de su vitalidad social, desde las parroquias y congregaciones de la Iglesia propiamente tal, hasta las asociaciones pías, las cofradías, las sociedades obreras, las organizaciones de beneficencia, las escuelas católicas, las asociaciones estudiantiles, etc. ¿Quién podría escribir la historia del Partido Conservador sin hablar de los esfuerzos de Abdón Cifuentes por crear toda una serie de asociaciones comenzando con la 'Sociedad de Amigos del País', o la de la Democracia Cristiana sin referirse al presbítero Óscar Larson y a la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos? El polo secular de esta división de la población chilena también ha tenido una multiplicidad de asociaciones: las logias masónicas, los clubes sociales radicales, numerosos clubes deportivos, sociedades literarias (especialmente entre las mujeres), una buena cantidad de cuarteles de bomberos, asociaciones de profesionales universitarios, y

también muchas instituciones educacionales, incluidas la Universidad de Chile y la de Concepción. El eje de clase también ha sido rico en organizaciones sociales, algunas de las cuales se han superpuesto a las anteriores. ¿Es necesario mencionar los muchos sindicatos, grupos de pobladores, clubes de madres, asociaciones gremiales, patronales y empresariales que se vinculan a esta dimensión? El sistema de partidos chileno se ha nutrido desde fines del siglo diecinueve de los militantes, las presiones y las propuestas programáticas que han surgido de estas redes asociacionales. Ésa ha sido en gran parte la razón por la cual los partidos chilenos han sido relativamente fuertes: no han sido la mera expresión de camarillas de políticos ambiciosos, como pensaban los analistas vinculados al régimen militar, sino que han tenido lazos orgánicos con la sociedad. Es por ello, en el fondo, que el voluntarismo autoritario desde el Estado no puede cambiar la fisonomía básica del 'paisaje político' de un país, ya sea en Santiago o en Budapest. De hecho, éste puede cambiar mucho más en un régimen político democrático, dada la libertad y las instituciones políticas necesarias para que surjan nuevos líderes y asociaciones.

Volviendo a la fisura que presentan Tironi y Agüero, ¿cuáles son las organizaciones sociales que se vinculan con la dimensión autoritarismo/democracia? ¿Qué asociaciones, en especial, se proclaman explícitamente en favor de un régimen autoritario? Queda claro, espero, que este eje diferenciador es, por cierto, de un tipo diferente al social/histórico. Se me podrá objetar que las asociaciones sindicales, por ejemplo, son pro democráticas y las empresariales pro autoritarias. Es cierto que, comenzando con el 'Pliego de Chile' que presentaron los dirigentes sindicales del Grupo de los Diez, los sindicatos presionaron en favor de una vuelta a la democracia y jugaron un rol importante en la creación inicial de lo que llegó a ser la Concertación de Partidos por la Democracia. Es también cierto que las asociaciones empresariales que agrupan a las grandes empresas chilenas apoyaron en general el régimen autoritario, y se vinculan de preferencia con los partidos que se alinearon con el 'sí'. Sin embargo, tanto unas como otras se centran en la defensa de los intereses económicos y laborales de sus miembros. En el contexto político chileno después de la fallida 'transición chilena al socialismo' no hace falta una nueva dimensión explicativa para dar cuenta de las actitudes diferentes de las asociaciones empresariales y sindicales frente al régimen autoritario. Basta la de clase, o de propuesta de política socio-económica. El gobierno militar aplicó una política económica de 'derecha' que, eventualmente, fue apoyada por las principales asociaciones empresariales y condenada por las sindicales. Pero no se puede decir que estas asociaciones sean la base social para una división políti-

ca que lleva a algunos a luchar por la creación de un régimen autoritario y a otros por uno democrático. No es éste el propósito de estas asociaciones, ni la base esencial del conflicto de intereses entre ellas.

Es más, no creo que pueda decirse que el 43% de los votantes que se pronunciaron por el ‘sí’ en 1988 sean todos favorables a un régimen autoritario. De este voto hay que descontar un porcentaje minoritario que se expresó en forma afirmativa, especialmente en provincias y en pueblos pequeños, sólo por no atreverse a votar por el ‘no’. Ello me consta en entrevistas informales que he hecho. Los partidos de derecha que apoyaron el ‘sí’ no han igualado la votación favorable a Pinochet en elecciones parlamentarias o municipales posteriores, y las elecciones presidenciales y los plebiscitos no son los indicados, en todo caso, para medir la fuerza electoral de los partidos ni de las tendencias políticas. La mayor parte del resto del voto afirmativo en el plebiscito corresponde al de un electorado de derecha que no es necesariamente, a pie juntillas, pro autoritario. Éste no podía expresarse a favor del ‘no’ precisamente por la fuerza histórica de los alineamientos electorales chilenos, ya que hacerlo era equivalente a votar por los partidos que formaron la Concertación. Siendo un electorado de derecha, éste prefería que la de todas formas anunciada transición a la democracia —expresada a su entender en la aplicación plena de la Constitución de 1980— se realizara bajo la dirección de Pinochet y de los partidos que se pronunciaron por el ‘sí’. Dicho sector del electorado chileno no podía confiar que la transición se hiciese en buena forma bajo la dirección de los partidos de centro y de izquierda.

No cabe duda que hay una porción minoritaria del electorado chileno que no tiene gran apego a la democracia. Pero esto no es nuevo en Chile. No hay que olvidar que una de las causas del quiebre de la democracia en 1973 fue justamente la actitud de semilealtad, en los términos de Linz (1978), que muchos actores tanto de la derecha como de la izquierda tenían frente a la democracia. Actualmente, en las respuestas a la pregunta clave del euro y del latinobarómetro sobre la legitimidad de la democracia, Chile aparece como uno de los países en los cuales el apoyo irrestricto a ella es de los menores. Al pedirles a los encuestados que opten por una de tres frases, siendo la primera que “la democracia es siempre preferible”, la segunda que “en algunas circunstancias” puede ser preferible un régimen autoritario, y la tercera que “a gente como nosotros” le da lo mismo uno u otro régimen, alrededor de un 54% de los chilenos opta por la primera, un 18 o 19% por la segunda, y un 24% por la tercera⁸. El problema con esta

⁸ Estos datos pueden consultarse, entre otras fuentes, en Montero, Gunther y Torcal (1999), p. 114.

pregunta es que a pesar de que se plantea en forma abstracta, el encuestado obviamente la responde en función de su percepción de la experiencia de su propio país. En consecuencia, dada la historia reciente de Chile, con su gran y traumática crisis de la democracia seguida de un régimen autoritario que no terminó en medio de un fracaso total como el de Grecia o Argentina, la pregunta induce a que los chilenos la contesten de una manera que parecen menos convencidos de las virtudes de la democracia que los ciudadanos de otros países. La frase que indica aparentemente una actitud pro autoritaria está condicionada de tal modo que algunos encuestados, en especial dado el contexto chileno, podrían responderla no como un juicio de opinión abstracta, sino como uno fáctico —pensando precisamente en las circunstancias que se vivían en Chile en 1973⁹. (La frase podría entenderse como ‘en las circunstancias que vivía Chile en 1973, era imposible que continuase la democracia bajo la presidencia de Allende’.) Así y todo, y aquí volvemos a Tironi y Agüero, lo interesante es que quienes optan por la alternativa condicionalmente pro autoritaria son algo menos que un quinto. Es decir, incluso en términos de las actitudes de la población el polo autoritario de la fisura política autoritarismo/democracia no es tan abultado como lo indicaría el 43% del ‘sí’.

En suma, la división actual en dos grandes coaliciones políticas que surgieron de las posiciones que asumieron sus partidos integrantes en el plebiscito de 1988 no es una ‘fisura generativa’ comparable a las que históricamente conformaron el sistema de partidos chileno, sino que es el resultado de posicionamientos políticos dado el acontecer político. El efecto del gobierno militar ha sido el producir una nueva transformación en el sistema de partidos chileno, la quinta desde que surgieron partidos duraderos a raíz de las controversias políticas de fines del gobierno de Manuel Montt¹⁰. La mayoría de estas transformaciones se han debido a circunstancias políticas, no al surgimiento de nuevas fisuras social/históricas. En cada fase se han manifestado de un modo diferente, a veces más a veces menos, las tendencias políticas profundas producidas por las divisiones socio-históricas del país¹¹. Los distintos sistemas partidarios chilenos han durado cada uno entre veinte y cuarenta años. Con frecuencia sus alianzas partidarias se han debido, como ocurre actualmente, al legado político de personalidades

⁹ Por las mismas razones de contexto histórico, los griegos son quienes más fuertemente aparecen apoyando la legitimidad democrática. Véase, además de Montero, Gunther y Torcal (1999), la discusión de las respuestas griegas en Morlino y Montero (1995). La pregunta es también usada en Linz y Stepan (1996), pp. 222-223.

¹⁰ La enumeración se desprende de Valenzuela (1995).

¹¹ Véase Valenzuela (1995).

o gobiernos que han tenido un impacto fuerte en la historia del país. Tal fue el caso con Manuel Montt, Balmaceda e Ibáñez.

Recordemos solamente como ejemplo el sistema partidario chileno de principio de siglo. Comenzó después de la Guerra Civil de 1891 y terminó en los años veinte con el primer gobierno de Alessandri. Su origen se debió al surgimiento del Partido Liberal Democrático que se desprendió del legado político de Balmaceda, aspirando a una vuelta al régimen plenamente presidencial. Nada hay más falaz, pero a la vez corriente, que sumar los votos liberales democráticos con los de liberales y liberales doctrinarios en esa época para tener una medida del conjunto del voto liberal, ya que una de las claves de las alianzas partidarias que se hacían entonces era que los liberales democráticos no podían estar en la misma combinación con los liberales y los liberales democráticos. Ésta era una división puramente política sin que hubiera grandes diferencias de bases sociales, aunque los liberales democráticos atrajeron un voto popular más importante que el de sus congéneres. La segunda clave de las alianzas de la época era que conservadores y radicales no podían estar tampoco en la misma coalición, siendo ello un reflejo de la escisión católica/secular-librepensadora que figura entre las dos rupturas socio-históricas fundamentales de la política chilena¹². Los radicales eran el componente siempre constante de la ‘Alianza Liberal’, en cambio los conservadores estaban siempre en la ‘Coalición.’ El principal partido obrero del período, el Partido Democrático, podía estar tanto con una coalición como con la otra. Es sólo a partir de los años 20 que los partidos de izquierda pasaron a tener un peso significativo en el sistema partidario.

¿De “tres tercios” a dos bloques?

Tironi y Agüero insisten varias veces en su artículo que los “tres tercios” del sistema partidario chileno son algo del pasado, y que ahora éste se compone sólo de dos coaliciones. Indican que incluso desaparecen las diferencias y lealtades partidarias específicas, transfiriéndose hacia las coaliciones más amplias. Ello va acompañado de una reducción de la identificación y lealtad de la población en general hacia los partidos. Nuevamente, todo esto muestra que las fisuras generativas de partidos anteriores han perdido su fuerza, sustituidas por el nuevo eje divisorio. En especial, aseguran que la dimensión religiosa/secular ya no tiene ningún efecto sobre las

¹² Para más detalles, véase Valenzuela (1995), pp. 21-36.

divisiones partidarias, ya que hay un consenso secular en la Concertación a pesar de componerse básicamente de partidos —la Democracia Cristiana por un lado y socialistas y radicales por otro— que surgen históricamente de lados contrapuestos en esta dimensión.

El decir que la política electoral chilena mostraba una división en ‘tres tercios’ nunca me pareció exacto, y por lo tanto me parece bien que se abandone ahora, finalmente, esta expresión. No era exacto porque, en primer lugar, la derecha, el centro y la izquierda nunca fueron tercios del electorado; el polo de izquierda era más débil. Por ello era más correcto hablar de segmentos al resumir de esta manera las divisiones políticas chilenas. Y en segundo lugar, más profundamente, el problema de la expresión era que no había en realidad sólo tres segmentos porque al agregarse la dimensión religiosa resultaban, en principio, dos vertientes en cada segmento clasificado de derecha a izquierda. En el segmento de izquierda, por razones que sería demasiado largo explicar, el sector cristiano era mucho más débil que en otros, pero no fue despreciable, en especial dada la importancia de Clotario Blest en la historia sindical y, por ende, en la izquierda chilena. En el segmento de centro, la división entre democratacristianos y radicales, que tanto afectó la política chilena en su momento, muestra la importancia de esta dimensión. Y en la derecha y centro-derecha los conflictos entre liberales y conservadores tuvieron en gran medida su origen en estas diferencias.

¿Ha desaparecido todo esto que tanto agitó al país en el pasado? No cabe duda que la dimensión religiosa no tiene la misma convocatoria hoy que antes. Sin embargo, ¿por qué sigue siendo Chile el único país del mundo en el cual no hay una ley de divorcio? ¿No es acaso porque hay una sensibilidad mucho mayor a enfrentar temas que pudieran volver a recrear las diferencias del pasado? ¿Qué pasaría si dentro de la Concertación surgiesen propuestas para reducir el financiamiento a los colegios católicos? O más, ¿qué sucedería si ciertos dirigentes de la Concertación insistiesen en legalizar el aborto, dándoles a las mujeres la posibilidad de abortar a voluntad y sin condiciones como se hace actualmente en algunos países de Europa (incluso nominalmente católicos) o Estados Unidos? No es que este tipo de medida no haya estado en la agenda de las mujeres librepensadoras y de izquierda ligadas al Movimiento de Emancipación de la Mujer Chilena (MEMCh) a fines de los años 30. ¿Acaso no resurgiría la ruptura religiosa/secular librepensadora en la política chilena si estas últimas medidas se propusiesen? Por cierto, nadie en la Concertación propone, que yo sepa, sugerir seriamente que se adopten. Pero una cosa es decir que no hay ya más diferencias que surgen de la dimensión religiosa/secular en la política

chilena, y otra es decir, como creo más apropiado, que la configuración del sistema partidario chileno actual es tal que se tiende a no abordar en las discusiones políticas los temas relacionados a esta dimensión que hoy en día producen grandes controversias (es decir, principalmente el aborto). Y aunque puede que haya un consenso más o menos generalizado en cuanto a la necesidad de dictar una ley de divorcio en Chile, el problema es en qué condiciones se haría éste posible. Una ley de divorcio podría de hecho limitar el número de 'divorcios' que se producen en Chile usando los procedimientos que se hicieron posibles con la ley de matrimonio civil dictada durante el gobierno anticlerical de Domingo Santa María.

Además, descontando la dimensión religiosa y quedándose sólo con las diferencias que articulan el posicionamiento derecha, centro e izquierda, no veo posible en el futuro que Renovación Nacional, suponiendo que fuese dirigido sin grandes dificultades internas por Andrés Allamand u otros líderes de centro-derecha y claramente pro democráticos, vaya a hacer una coalición con el Partido Socialista por moderada que sea entonces la presidencia de éste. En cambio, dicha alianza no es imposible con la Democracia Cristiana. Actualmente ello es inconcebible porque la política chilena aún está en una fase en la cual se siente el efecto del régimen militar, quedando tareas de transición democrática pendientes. Los legisladores de los partidos de derecha han optado por mantener aspectos legados del régimen autoritario que les han dado ciertas ventajas en el corto plazo, pero la consecuencia ha sido contribuir a congelar el actual patrón de alianzas. Sin embargo, el hecho que una alianza RN-DC no sea imposible en el futuro, ya consolidada la democracia, muestra que persisten en forma latente los segmentos anteriores a pesar de la actual estructura bipolar. Esto muestra, nuevamente, que el fundamento de las divisiones actuales yace en consideraciones políticas, no en una nueva fisura generativa de partidos.

La lealtad a las tendencias políticas y a las tiendas partidarias

Tironi y Agüero exageran cuando señalan que los partidos actualmente pierden su perfil individual dado el cuadro bipolar; dada una ley electoral que obliga a muchos electores a votar por candidatos que no son por necesidad del partido que prefieren aunque pertenezcan a la misma coalición; dada la falta de visibilidad de las etiquetas partidarias al personalizarse las candidaturas en las campañas electorales; y dadas las abstenciones y votos nulos. Los nombres de los partidos aparecen todos los días, prácticamente, en las noticias. Aunque los candidatos han aprendido, y

muy bien, a hacer sus campañas usando técnicas modernas que les llevan a no proclamar sus etiquetas partidarias para poder así captar el voto flotante, el electorado de todas maneras se informa respecto a la pertenencia partidaria de los candidatos. Y el voto leal a los distintos partidos o, más generalmente, a las tendencias políticas sigue siendo un voto más o menos seguro. Es esto, y no la fuerza de la estructuración del electorado en dos bloques, lo que explica que en condiciones normales (es decir, siempre que no haya un realineamiento partidario como el que generó la Democracia Cristiana en los años 50) la volatilidad de la votación en Chile sea menor que en otros países.

La lealtad del electorado a las posiciones que se encarnan en formaciones partidarias hace que se puedan encontrar grandes continuidades en las opciones electorales chilenas aun después de tantos años de autoritarismo. En publicaciones anteriores un coautor y yo hemos mostrado que dichas continuidades en las opciones electorales son impresionantes¹³. Con los resultados de las elecciones municipales de 1992 y 1996 (en las cuales no se aplica el hasta cierto punto distorsionador sistema electoral binominal que se usa en las elecciones parlamentarias) se puede recuperar la distribución de las fuerzas electorales, clasificadas de derecha a izquierda, de un modo tal que prácticamente se repiten las fuerzas relativas de cada sector, en promedio, de 1937 a 1973. Las correlaciones de votos presidenciales, del plebiscito, o de tendencias políticas de antes y después del gobierno militar son, como mostramos en los artículos antes citados, muy altas.

Lo que aún no he tenido ocasión de presentar en una publicación son las correlaciones de votos de cada partido en forma individual. Para ello conviene hacer los cálculos usando los datos de las elecciones municipales de 1992 y de 1967, por varias razones. Ambas elecciones ocurren a medio camino de un período presidencial, con lo cual no se da el efecto distorsionador de la luna de miel de la coalición presidencial (en evidencia, especialmente, en las elecciones municipales de 1971). Las dos se realizan con un sistema electoral proporcional (a diferencia del binominal usado en las elecciones parlamentarias actuales), y en las dos se presentan todos los partidos del país, incluido el comunista, lo que ocurrió por primera vez después del inicio de la transición democrática en las elecciones de 1992.

Los resultados muestran la lealtad del electorado chileno a las candidaturas presentadas por los partidos a pesar de los veinticinco años transcurridos y los grandes cambios que hubo. Las comunas en las cuales los partidos tenían sus fuerzas y debilidades electorales siguen siendo grosso

¹³ Scully y Valenzuela (1993); Valenzuela y Scully (1997).

modo las mismas¹⁴. Yendo de izquierda a derecha, la correlación del voto comunista entre 1967 y 1992 es de .55. La del Partido Socialista es de .32. La del Partido Demócrata Cristiano es de .33. La del Partido Radical es de .14, debilidad que confirma la regla dada la disgregación del partido después de 1967, que lo dejó reducido básicamente a su sector de izquierda que permaneció fiel a la Unidad Popular. La de Renovación Nacional es de .27 con el antiguo Partido Nacional, y la de la UDI es de .17 con este mismo partido. Naturalmente, la correlación de los partidos de derecha, RN y UDI, es más débil dada la división de las dos fuerzas. En todo caso, el resultado muestra que Renovación Nacional ha sido la principal heredera de la tendencia de derecha representada por el Partido Nacional de fines de los sesenta. Las correlaciones entre fuerzas políticas opuestas son todas negativas y del mismo orden de magnitud, tal como era de esperarse. He dejado al Partido Por la Democracia para el final ya que no tiene correlaciones positivas importantes. La más fuerte es sólo de un .10 con la votación comunista. Si se usa la elección municipal de 1971 para este análisis, los correlatos del PPD aumentan, siendo el más importante, de .18, el que se encuentra con el Partido Democrático Nacional (PADENA), seguido de un .15 con el Partido Social Demócrata de Chile (PSD). Lejos de ser algo que desvirtúa la constatación de las continuidades partidarias del voto dada la lealtad del electorado a partidos específicos, la debilidad de estas correlaciones de hecho la confirma. El PPD, un partido claramente nuevo en la constelación partidaria de la izquierda chilena, está integrado por dirigentes y militantes que han llegado a él de distintos partidos y experiencias políticas anteriores. En todo caso, es sintomático que las correlaciones más fuertes que se le pueden encontrar corresponden a partidos que tenían el mismo posicionamiento de centro izquierda que tiene hoy el PPD.

Dada la expresión de las lealtades partidarias que muestran estas cifras, dudo mucho que este aspecto de la política electoral chilena vaya a desaparecer con la constitución de las alianzas actuales o con las nuevas formas de hacer las campañas a la hora de enfrentar el electorado. Dicho de otro modo, la solidez de los bloques actuales en términos electorales se deriva básicamente del hecho que aquel público elector, mayoritario en Chile, que vota una y otra vez por la misma tienda o la misma tendencia sabe perfectamente que su partido o tendencia preferida forma parte de tal o cual coalición, y lo acepta. La lealtad básica es, pues, no a la coalición, sino al fragmento partidario y/o a la tendencia. En estas condiciones, la

¹⁴ En Scully y Valenzuela (1993) se puede consultar la manera en que se efectuó la comparabilidad de las comunas actuales con las anteriores para propósitos del análisis estadístico.

presión por el cambio del actual sistema sólo puede venir del electorado si éste, por alguna razón, concluye que los dirigentes de los partidos ya no representan en forma adecuada a su tendencia, no reflejan correctamente sus inquietudes, no hacen eco de sus símbolos. Es por ello que no es el electorado flotante o abstencionista el que puede amenazar el cuadro actual a despecho de los dirigentes partidarios; el electorado leal es el que puede hacerlo al concluir que otros candidatos representan mejor su tendencia. Naturalmente, los dirigentes políticos pueden terminar con el marco bipolar actual si así lo desean, conservando de todas formas gran parte de su electorado siempre y cuando éste siga viéndolos como buenos representantes de su tendencia.

En todo caso, no creo que este tipo de cambios esté en la agenda ni para hoy ni para mañana. El marco bipolar actual, al cual ciertamente contribuye, como señalan Tironi y Agüero, la ley electoral, tiene toda probabilidad de continuar mientras no se realicen los cambios constitucionales necesarios para introducir una democracia plenamente normal en el país, y mientras no se configure más fuertemente el compromiso con la democracia en la tendencia de derecha. El sistema de partidos actual se ha formado como consecuencia del régimen militar y de la manera en que se ha realizado la transición chilena. Se aproxima a la veintena de años y tiene su vida asegurada mientras no se consolide plenamente la democracia. Después, veremos.

No creo, por último, que el aumento de las abstenciones y los votos nulos tenga consecuencias tan dramáticas como las que indican Tironi y Agüero y otros analistas de la política chilena. No hay que olvidar que éste es un fenómeno que muchos analistas consideran parte de la normalidad democrática. Las tasas más altas de participación electoral pueden ser síntomas de crisis política, o corresponden a elecciones que la población considera críticas. Las abstenciones y votos nulos son más bajos en Chile que en algunas de las democracias principales y más viejas del mundo, como la estadounidense o la británica. En Chile existe la obligación legal de votar, pero la sanción de no hacerlo ya no tiene la fuerza que tenía en los años posteriores a 1962, cuando se introdujo la obligación de inscribirse y de votar. Para toda clase de trámites, incluso para abrir una cuenta bancaria, había que mostrar el padrón electoral. Cabe recordar además que las tasas de abstención en Chile antes de 1962 eran altísimas, lo que constituye la principal explicación de por qué había un electorado efectivo tan pequeño. El país real chileno, para usar una imagen francesa, ha sido de larga data poco interesado en participar en las elecciones, aunque de todas formas la población absorbió las mismas identidades políticas que el núcleo que vota-

ba, por lo cual los aumentos de participación electoral no afectaron la distribución porcentual de las votaciones. No es raro que en un contexto como el actual, en que se percibe un clima de estabilidad política, aumente la abstención. De hecho, es éste un signo de normalidad un tanto prematuro dadas las tareas incompletas de la transición democrática.

Palabras finales

En suma, el artículo de Tironi y Agüero es interesante y provocativo, lo cual me ha motivado a escribir este comentario. El sistema partidario actual es distinto al anterior, pero no se puede decir que ello se deba a una “fisura generativa” socio-histórica. Por lo mismo, pienso que aún existen subyacentes al sistema actual las distintas tendencias políticas que se remontan a varias generaciones. Las lealtades a dichas tendencias, expresadas a través de etiquetas partidarias, forman la base esencial de las dos coaliciones principales que se disputan el grueso del electorado chileno. Ciertamente es que el sistema partidario actual no va a cambiar de la noche a la mañana. Consolidar la transición democrática y pasar claramente a una etapa post-Pinochet en la historia nacional parecen ser pasos previos, aunque no suficientes, para que dicho cambio ocurra. Ello iniciaría una sexta transformación de la configuración partidaria chilena. El sistema partidario actual está llegando a su mayoría de edad, y no hay por qué suponer que va a ser más imperecedero, a la larga, que los anteriores.

BIBLIOGRAFÍA

- Guzmán, Jaime. “El camino político”. *El Mercurio*, 26 de diciembre de 1981, pp. C-4 y C-5.
- Linz, Juan. *The Breakdown of Democratic Regimes: Crisis, Breakdown, and Reequilibration*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1978.
- Linz, Juan; y Stepan Alfred, *Problems of Democratic Transition and Consolidation. Southern Europe, South America, and Post-Communist Europe*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1996.
- Lipset, Seymour Martin; y Rokkan, Stein. “Cleavage Structures, Party Systems, and Voter Alignments: An Introduction”. En Lipset y Rokkan (eds.), *Party Systems and Voter Alignments: Cross National Perspectives*. Nueva York: The Free Press, 1967.
- Morlino, Leonardo; y Montero, José R. “Legitimacy and Democracy in Southern Europe”. En Richard Gunther, P. Nikiforos Diamandouros y Hand-Jürgen Puhle (eds.), *The Politics of Democratic Consolidation. Southern Europe in Comparative Perspective*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1995.
- Montero, José Ramón; Gunther, Richard; y Torcal, Mariano. “Legitimidad, descontento y desafección: El caso español”. *Estudios Públicos*, 74 (otoño 1999), pp. 107-149.

- Remmer, Karen L. "Political Demobilization in Chile, 1973-1978". *Comparative Politics*, 12 (abril 1980), pp. 275-301.
- , *Military Rule in Latin America* (Boston: Unwin Hyman, 1989).
- Scully, Timothy; y Valenzuela, J. Samuel. "De la democracia a la democracia: Continuidades y cambios en las opciones electorales y el sistema de partidos en Chile". *Estudios Públicos*, 51 (invierno 1993), pp. 195-228.
- Tironi, Eugenio; y Agüero, Felipe. "¿Sobrevivirá el nuevo paisaje político chileno?". *Estudios Públicos*, 74 (otoño 1999), pp. 151-168.
- Valenzuela, Arturo; y Valenzuela, J. Samuel. "Party Oppositions under the Chilean Authoritarian Regime". En J. Samuel Valenzuela y Arturo Valenzuela (eds.), *Military Rule in Chile: Dictatorship and Oppositions*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1986.
- Valenzuela, J. Samuel. "Orígenes y transformaciones del sistema de partidos en Chile". *Estudios Públicos*, 58 (otoño 1995), pp. 5-77.
- y Scully, Timothy R. "Electoral Choices and the Party System in Chile: Continuities and Changes at the Recovery of Democracy". *Comparative Politics*, 29, 4 (julio 1997), pp. 511-27. □